

EL MACHISMO EN EL IDIOMA JAPONÉS

PILAR GARCÍA-ESCUADERO

Profesora de español
Japón

Voy a tratar de analizar un fenómeno social propio de muchos países asiáticos, centrándome en el que yo vivo, y en consecuencia conozco, Japón.

Cuando un extranjero empieza a estudiar el idioma japonés en cualquier escuela especializada, lo primero que le llama la atención es la diferencia entre el habla masculina y femenina. Más tarde, al estar inmerso en este tipo de sociedad, va comprobando que dicho fenómeno obedece a tradiciones y costumbres ancestrales que aún siguen vigentes y que obligan a la mujer a aceptar unos comportamientos y actitudes de los que es difícil escapar, sobre todo por no ser consciente de la situación en que se encuentra. Pienso que analizar este problema desde diferentes puntos, como el lingüístico, el psicológico y el social puede resultar muy interesante.

No pretendo ser científica ni hablar ex-cathedra, simplemente y con toda sinceridad, voy a tratar de transmitirles todo lo que yo he observado en 25 años, y lo he observado la mayor de las veces callada y humildemente porque Japón no es un país que dé muchas oportunidades de hacer debates y de intercambiar opiniones aunque pueda parecer lo contrario. Se suele pedir a los extranjeros que hablen sobre lo que piensan del país y de la sociedad en público, bien sea en un acto de un centro cultural, en un debate en el ayuntamiento o en una intervención en radio o televisión. Proliferan los llamados «Kokusai Ka» o secciones internacionales en los centros culturales, universidades o ayuntamientos. Todo el mundo quiere saber la opinión de los extranjeros sobre Japón y los japoneses, pero rara vez eso va a calar hondo o va a suponer un cambio de actitudes en la sociedad japonesa, en sus valores y mucho menos en el papel de la mujer. Queda muy bien oír lo que dicen los extranjeros, pero ¡ojo! ¡qué no se metan demasiado en nuestros asuntos, en nuestros valores! pensarán por lo bajinis los japoneses y despedirán al extranjero diciendo: «Usted sabe poco de la cultura japonesa «Entonces el extranjero

podría pensar: ¿Para qué me han llamado, una cosa es el dicho y otra el hecho. Inmediatamente el «gaiyin» (extranjero) se da cuenta de que si sigue hablando quedará terriblemente fichado y «se juega el tipo», es decir el trabajo, la aceptación social y a veces hasta la integridad física. Ante esto no le queda otra alternativa que «ser prudente», lo recalco porque así de sencillo y grave es. Y si el «gaiyin» (extranjero o persona de fuera) se va haciendo maduro mucho más; va comprendiendo la razón de las cosas, la simplicidad y a la vez complejidad de estos comportamientos. Entonces opta por no hablar o hacerlo muy de vez en cuando. Japón, siendo un país libre, no es un país libre, y valga la contradicción. Si el «gaiyin» o «gaiyina» vive en Japón debe atenerse a las reglas del juego, y si se atreve a transgredirlas que sea sin hacer ruido, de la manera más suave posible, siendo mujer mucho más y en este caso me incluyo yo.

Disculpen que hable tanto en primera persona, pero es que esta charla tiene un poco de confesión y de experiencia propia que no es exclusiva de mí, sino que es aplicable a todos los extranjeros que viven en Japón. Las «gaiyinas» sufren la misma discriminación que las japonesas pero resulta más grave y dolorosa porque, por bagage cultural occidental son más conscientes. En el caso de las mujeres japonesas la discriminación queda borrada o suavizada por ese lavado de cerebro colectivo a que son sometidas desde que nacen, impidiéndoles ver la situación.

La profesora Miki Itoigawa de la Universidad Nacional de Nagoya deduce en sus artículos, que los libros de texto en Japón son mucho más sexistas que en España. Se dice más kare (él) que kanoyo (ella) para indicar ejemplos gramaticales. Los hombres siempre tienen papeles masculinos y las mujeres femeninos, por ejemplo los que leen el periódico suelen ser varones mientras que las féminas están dedicadas a tareas domésticas. Existe una visión estereotipada de los sexos. El femenino es frecuentemente usado tan sólo para trabajos unidos al rol femenino, sin embargo, se utiliza el masculino para profesiones, oficios y titulaciones considerados de mayor prestigio social y reservados exclusivamente a los hombres hasta hace poco tiempo. Hay un estatus de subordinación para las mujeres, sin tener en cuenta su situación real y se debe eliminar.

Recuerdo a Helena Gallego, burgalesa, profesora de español en la Universidad de Ritsumeikan de Kioto. Ella «pagó la primada» de ser joven e inexperta en estos temas femeninos en Japón. Se hizo abanderada de los derechos de las mujeres japonesas y escribió algunos artículos y dió conferen-

cias sobre su inferior situación. Sin embargo, no se dio cuenta de que la japonesa es a la vez consciente y fomentadora de este estatus, sacando provecho de él; verla como victima sería un mayúsculo error, algo así como caer en la trampa de un estafador. En algún congreso me encontré con Helena y traté, sin éxito, de abrirle los ojos. Recién llegada a Japón yo también pensaba que la sociedad japonesa era fantástica, que las mujeres eran finísimas y de una inteligencia sofisticada. El tiempo me hizo ver lo contrario.

Les agradezco infinito que me escuchen, que reflexionen conmigo. Es una especie de catarsis, viniendo de un país donde hay que callar tanto, donde el silencio es un arte y una virtud pero me entran ganas de gritar: ¡Viva la libertad de expresión!

Para la elaboración de este trabajo, a parte de mis propias vivencias, me he basado en las conversaciones que he tenido con mis alumnas, con mujeres de todas las edades y condiciones. También he echado mano de encuestas y entrevistas.

Quisiera destacar a dos mujeres sensacionales por su vitalidad, su sinceridad, su clarividencia de ideas y su despierta inteligencia. Una es la profesora de la Universidad de Chukyo Yunko Oka, otra mi inquebrantable amiga Kazumi Yamada, antigua azafata y hoy conocidísima profesora de flamenco en Osaka. Con ayuda de la profesora Oka he buscado las raíces del movimiento feminista en Japón y cuál ha sido mi asombro al comprobar que prácticamente no tiene historia. Tendríamos que llegar al lustro de 1970-1975 para ver un tímido atisbo que no llegó a cuajar. Es un periodo de desarrollo y bonanza, lo más importante era la economía. Había que convencer a los «salary men» de que el honor del país estaba en sus manos, dependía de su rendimiento. Había que tenerlos contentos y convencerlos de su alto cometido. Es lo que se conoce como «kodo seichoki». La economía mejora, se convence a las mujeres de que deben estar en casa para que los hombres trabajen bien. No es nada nuevo, desde siempre, la japonesa ha sido educada para ser guardiana del hogar pero ahora se pone especial énfasis. La mujer, si quiere, puede trabajar cuando es soltera pero al casarse debe dejarlo todo. En Japón no hay mucha literatura feminista y lo que se publica trata temas colaterales al problema.

Actualmente hay varias ministras en el gabinete japonés, las más conocidas son la señora Ogui, ministra del Interior, antigua actriz, graduada de la famosa escuela musical de Takarazuka en Kobe, esposa de un famoso actor de teatro kabuki considerado un orgullo nacional. Últimamente la señora Ogui

ha estado en boca de todos por el affaire que su marido tuvo con una joven «maiko» (escalafón anterior a las geishas). La esposa reaccionó al más puro estilo tradicional japonés, diciendo que su marido, 80 años podía hacer lo que quisiera pues a ella no le afectaba. Un mes después ambos hicieron una exposición fotográfica de los años dorados de su matrimonio. Pienso que las verdaderas feministas se sintieron decepcionadas con esta «boutade».

La señora Kawaguchi, ministra de Exteriores, con un historial académico brillantísimo es otra de las famosas, pero me temo que las feministas no se sienten identificadas con ella y la consideran una mujer inexpresiva y fría. No se puede decir lo mismo de la anterior y desfenestrada ministra de Exteriores Makiko Tanaka, hija del antiguo primer ministro Kakuei Tanaka. Muy popular, de gran personalidad no da la imagen de mujer tradicional. Quitando algunos errores tiene el poder de arrastrar a la gente e inspirar confianza.

Especialmente queremos destacar a la diputada en Cortes Sra Tayima. Dejo su cátedra de feminismo de la Universidad de Hose en Tokio para dedicarse a la causa de la mujer. Sus intervenciones en los debates suelen ser claras y certeras. Actualmente es la mejor feminista de Japón y la que más respeto infunde.

Demos un salto y vayamos a la casa imperial. Hasta el matrimonio el actual emperador con Michiko Soda, hija de un millonario, las uniones reales habían sido herméticas y endogámicas. El emperador fue educado por nodrizas. Michiko, actual emperatriz, era la primera persona, sin sangre, que entraba en los recintos sagrados. Hubo algunos cambios en el hogar como el de la educación directa de los hijos, pero las intrigas y los complots contra «la intrusa» no pararon atizados por su suegra la emperatriz Nagako, hasta el extremo de que Michiko perdió temporalmente el habla. El último fichaje no real ha sido la actual princesa Masako, esposa del heredero. Mujer de brillante carrera diplomática y de sencillo encanto ha llevado una luz nueva al palacio, pero fuera de esto tampoco es aceptada como modelo por las feministas. El tiempo nos lo dirá

Japón es un país de contrastes y qué más contraste que en un país de tan escasa tradición feminista haya una asignatura de feminismo en casi todas las universidades. He preguntado a la profesora Oka cuál es la razón la respuesta ha sido que forma parte de un paquete de asignaturas de formación general que reciben los universitarios japoneses a parte de su especialidad. Por supuesto se tratan temas feministas, pero no los fundamentales ni en profundi-

dad. Por ejemplo se discute si la mujer debe llevar su propio apellido o el del marido, qué beneficios le aportará esto en su trabajo, etc. Me atrevería a decir que la eficacia de esta materia depende de la profesora que la imparte y de sus ideas.

Sin temor a equivocarnos podemos decir que la educación japonesa, incluido el feminismo, es una educación vacía de contenidos, ese mismo vacío desorienta a los jóvenes y a las mujeres; los hombres están centrados en el chauvinismo económico. Podemos decir que más que crisis de valores hay vacío de valores. Es a lo que ha llegado el Japón después de abusar de esa actitud de «laissez faire», sin guía en que ha abandonado a jóvenes y mujeres. Por una parte parece una cuestión grave, porque lo es en sí, pero por otra no porque los japoneses no se dan cuenta, o no se la quieren dar estando ocupados en otras cuestiones como la economía, tener contento al hombre en función de la misma o seguir mirándose el ombligo.

Ahora analizaremos el fenómeno del flamenco en Japón. Irremediablemente aparece la figura de mi gran amiga Kazumi Yamada. Para poder decir algo sobre este tema he de remitirme a su sabiduría, es una fuente obligada de consulta. Ella vive a caballo entre Osaka y Sevilla, donde tiene una casa y donde su hija Yumi perfecciona el arte que heredó de su madre con el gran maestro José Galván.

Dime Kazumi: ¿Es verdad que los japoneses saben tanto de flamenco? Respuesta: Sí, es verdad, lo mismo que saben de otras artes y ciencias, es verdad que son perfectos e increíbles imitadores, que gastan grandes sumas en pagar a los artistas gitanos y payos que se desplazan desde España para dar cursillos en el Japón. También aprenden en la meca del flamenco, Sevilla. Yumi ha llegado a ser una conocida bailarina de flamenco en Sevilla y ha llegado a este nivel porque su aprendizaje comenzó en España y de esa forma adquirió el espíritu y duende que suele faltar en los perfeccionistas imitadores japoneses.

Vamos a analizar algunas impresiones y palabras machistas. Por ejemplo «okusan» (esposa) la persona que esta al fondo, dentro. «suyin» (marido), el amo, el señor. «otoko o tateru» (elevar al hombre, dejarlo en buen lugar). Cuando una mujer va a casarse se dice «oyome ni iku» (irse a la casa del marido). Se habla de «miboyin» (viuda) pero no de viudo, ¡como si los hombres no enviudarán!. Se dice «otoko no tsukiai» (los compromisos sociales de los hombres) pero no de las mujeres. Se dice «otoko to site» (siendo hombre) y «onna to site» (siendo una mujer) para diferenciar los roles. En el mismo

sentido: «otoko no tachiwa kara» (desde la posición del hombre) y «onna no tachiwa kara» (desde la posición de la mujer) y una interminable lista.

El lenguaje y la forma de hablar y de expresarse son diferentes en hombres y mujeres, aquéllos más duros, con tono más brusco y alto, empleando palabras diferentes, estas modositas y suaves (burikos). Da frío ver a las locutoras de televisión dando las noticias: desde la que parece que se ha tragado un palo, inexpresiva y falsamente femenina, hasta la agresiva, imitadora de los hombres que resulta grotesca en su afán de ser como ellos.

El machismo tiene muchas caras y se da por activo y por pasivo. Las japonesas no son pobrecitas ni están explotadas como diría mi colega Helena Gallego. Muchas de ellas se aprovechan de ese machismo y de los hombres, aprenden los roles masculinos ridícula y grotescamente. Otras, gustosas, se quedan en casa dependiendo del varón y de su dinero. El extranjero ha de saber todas estas cosas a la hora de juzgar a los japoneses, sino cae en la misma superficialidad de ellos al creerse maravillosos.

Termino expresando mis mejores votos para que la sociedad y la mujer japonesa despierten. Perdónenme por haber sido tan clara y haber empleado términos tan duros pero todo es fruto de mi amor y preocupación por este yá mi segundo país Japón.

BIBLIOGRAFÍA

- Bennedith, Ruth; «El crisantemo y la espada» (patrones de la cultura japonesa).
- Vallejo-Najera, Juan Antonio: «Mishima o el placer de morir».
- Lledó, Eulália: «El sexismo y el androcentrismo en la lengua»: Análisis y propuestas de cambio.
- Itoigawa, Miki: «La formación de los términos femeninos y sus connotaciones».
- Lozano Domingo, Irene: «Lenguaje femenino, lenguaje masculino». ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?
- Ministerio de Asuntos Sociales (1989): «Propuesta para evitar el sexismo en el lenguaje», Instituto de la mujer, Madrid.
- Ministerio de Educación y Ciencia (1988): «Recomendaciones para el uso no sexista de la lengua».